

El habla de Ayerbe y otros aragonesismos en la autobiografía de Santiago Ramón y Cajal

POR F. GONZÁLEZ OLLÉ

“Mi respeto hacia todas las lenguas es grande, consideración que aumenta sentimentalmente si se hablan en España.”

(T. Buesa, *Espiguelo sobre el nombre de nuestra lengua.*)

1. Según su propio relato autobiográfico, Santiago Ramón y Cajal¹ nació el 1 de mayo de 1852 en Petilla de Aragón, “humilde lugar de Navarra enclavado por singular capricho geográfico en medio de la provincia de Zaragoza², no lejos de Sos” (9).

Su padre, *cirujano de segunda clase*, “aragonés de pura cepa”, era, al igual que su madre, de Larrés, pueblo cercano a Jaca. Por motivos profesionales (los mismos que determinaron que el nacimiento ocurriese en Petilla) del cabeza de familia, ésta se trasladó luego a Larrés, en 1854; a Luna, villa populosa de Zaragoza, en 1855; a Valpalmas, localidad próxima a la anterior, y a Ejea, en 1856. En Valpalmas, donde

1. S. Ramón y Cajal, *Mi infancia y juventud* apareció en Madrid, 1901. Posteriormente se unió a *Historia de mi labor científica* (Madrid, 1905), para formar con las páginas iniciales de este último libro la primera parte del volumen titulado *Recuerdos de mi vida*. Esta obra constituye la autobiografía de Cajal, fuente del presente estudio, salvo que expresamente se mencione otra obra del mismo.

Cito por la 3.^a edición, Madrid, 1923, última publicada en vida del autor, en la que Cajal introdujo algunas modificaciones respecto de las anteriores.

2. Por esta circunstancia, comenta Cajal poco después: “Carezco, pues, de patria chica bien precisa” (12), situación a la que no concede importancia, antes bien ve “ventajas para mis sentimientos patrióticos, que han podido correr más libremente por el ancho y generoso cauce de la España plena”. Así, “mi amor por la patria grande supera, con mucho, al que profeso a la patria chica” (ib.).

Algunas biografías de Cajal relatan que él se consideraba de Ayerbe, puesto que, según sus propias palabras, allí transcurrió la época *más plástica* de su vida. No he encontrado, en sus obras, la fuente de esta afirmación, si bien su fundamento real parece válido. Quizá proceda de alguna declaración periodística de Cajal.

De su estancia (1864) en el Instituto de Huesca refiere, a propósito del trato con sus condiscípulos: “Más de una vez me oí calificar de navarro loco” (64).

la estancia se prolongó hasta 1860, asistió Cajal a la escuela por vez primera. El último año citado, cumplidos ya los ocho de Cajal, un nuevo traslado: a Ayerbe, localidad mucho más importante que las anteriores, situada en el Somontano oscense.

2. "Mi aparición en la plaza pública de Ayerbe fue saludada por una rechifla general de los chicos" (25), recelosos y burlones ante la indumentaria ("yo no gastaba calzones ni alpargatas ni ceñía con pañuelo mi cabeza") del nuevo compañero. Pero la actitud descrita estuvo asimismo provocada por su modo de hablar:

"Contribuyó también algo a la citada antipatía la extrañeza causada por mi lenguaje. Por entonces se hablaba en Ayerbe un dialecto extraño, desconcertante revoltijo de palabras y giros franceses, castellanos, catalanes y aragoneses antiguos. Allí se decía: *forato* por *agujero*, *no pas* por *no*, *tiengo* y *en tiengo* por *tengo* o *tengo de eso*, *aivan* por *adelante*, *muller* por *mujer*, *fierro* y *ferrero* por *hierro* y *herrero*, *chiqué* y *mocéte* por *chico* y *mocito*, *abrios* por *caballerías*, *dámene* por *dame de eso*, *en ta allá* por *hacia allá*, *m'en voy* por *me voy de aquí*, y otras muchas voces y locuciones de este jaez, borradas de mi memoria.

"En boca de los ayerbenses hasta los artículos habían sufrido inverosímiles elipsis, toda vez que *el*, *la*, *lo* se habían convertido en *o*, *a* y *o*, respectivamente. Diríase que estábamos en Portugal.

"A los rapaces de Ayerbe parecióles, en cambio, el castellano relativamente castizo que yo usaba, es decir, el hablado en Valpalmas y Cinco Villas³, insufrible algarabía, y hacían burla de mí llamándome el *forano* (*forastero*).

"Poco a poco fuimos, sin embargo, entendiéndonos. Y como no era cosa de que ellos, que eran muchos,

3. Resulta difícil aceptar esta afirmación de Cajal. Su castellano —pienso yo— no era tanto el de esas localidades como el hablado en su casa. Por su corta edad en la época referida, menos oportunidades de relación espontánea y prolongada con otros chicos, etc., no había podido advertir aún el contraste que luego experimentarían en Ayerbe.

aprendieran la lengua de uno, sino al revés, acabé por acomodarme a su estrafalaria jerigonza, atiborrando mi memoria de vocablos bárbaros y de seletismos atroces" (24).

3. La mezcolanza de aportaciones con que Cajal caracteriza el habla de Ayerbe no difiere mucho de otras opiniones contemporáneas (y anteriores) ⁴ respecto del aragonés en general. Incluso la referencia a Portugal, a la que debe reconocerse cierta justificación material, se encuentra desarrollada en García-Arista, autor costumbrista aragonés, ligeramente más joven que Cajal, cuando asegura, a propósito del habla altoaragonesa, que es "de sabor franco-galaico-portugués" ⁵.

En cuanto al desfavorable sentimiento provocado por el *dialecto extraño* o *estrafalaria jerigonza*, la actitud de Cajal se inscribe en una corriente asimismo bien conocida: el aragonés "fue siempre examinado, alabado o vituperado en función del castellano" ⁶, hasta el punto de que "la acusación de castellano poco correcto contra el habla aragonesa es ya corriente en el siglo XVI". Claro debe quedar, sin embargo, que, en última instancia, el desdén de Cajal no afecta al aragonés en cuanto tal, sino por su limitación geográfica y social, condición rústica, falta de cultivo literario, etc. Cajal adopta, pues, la postura abiertamente hostil —apenas cabría esperar otra— a los dialectos, que se generaliza en el siglo pasado, al creer percibir en ellos una manifestación escandalosamente llamativa del aislamiento, el atraso, la ignorancia, la degradación, etc., de quienes los hablan. Postura que responde a las ideas lingüísticas sostenidas por teóricos y activistas de la Revolución francesa ⁷.

Expuesta con crudeza su actitud desfavorable, Cajal parece querer justificar la afectuosa atención que ha concedido a un fenómeno lamentable desde el punto de vista social. De ahí que apostille el largo fragmento antes citado (§ 2) con esta nota referente a las palabras transcritas por él desde su

4. Pueden verse en F. Monge, *Notas*, especialmente 116-117.

5. *Apud* Maestro Gracia, *Aspectos*, 7.

6. F. Monge, *Notas*, 110.

7. La cuestión ha sido recientemente estudiada por M. Alvar, *Lengua, dialecto y otras cuestiones conexas*, LEA, 1979, 1, 5-29.

recuerdo infantil: "Las cito aquí porque esta jerga altoaragonesa ha desaparecido hoy casi del todo⁸, y posee, por tanto, el interés filológico de los dialectos muertos" (24 n).

El alcance efectivo de esta motivación científica de su conducta parece probarse indirectamente a la vista de la mínima información terminológica proporcionada por Cajal sobre la naturaleza cubana, que tanto le sorprendió y entusiasmó: en su descripción sólo consigna el nombre de un mosquito, *gegén*⁹, y el de "cierta avecilla menuda y nada vistosa", *vigirita*. Y este último, por un propósito secundario: explicar que con él designaban los soldados españoles a los criollos. Considero razonable suponer que tal desatención hacia los americanismos nace de que éstos no poseían "el interés filológico de los dialectos muertos".

4. Aún cabe encontrar una raíz más profunda en la actitud de Cajal hacia el aragonés: el hecho de que sus intereses idiomáticos superaban tanto la confrontación del dialecto con la lengua general (cf. *supra*) como la utilización rutinaria o descuidada de ésta. Cajal manifiesta vivazmente una positiva preocupación por la corrección del castellano. En *El mundo visto a los 80 años* (1934) son bastantes las páginas dedicadas de modo expreso a defender con energía e indignación "la pureza y limpidez" del castellano, "infestado con tantos barbarismos, solecismos y galicismos que, si la Providencia no lo remedia obrando un milagro", se convertirá en "jerga o habla franca"¹⁰. Señala las directrices generales para combatir tal situación, y desciende hasta apuntar remedios específicos a fin de evitar "las incorrecciones más frecuentes"¹¹. Para quien

8. Cualquier dialectólogo —o el simple conocedor de la realidad aragonesa— discutiría a Cajal su aseveración: tanto en 1901 (año de la primera edición de su autobiografía) como en 1923 (año de la última publicada en vida del autor), el dialecto no ha experimentado todavía un proceso muy acelerado de desaparición.

Así ocurre de modo especial precisamente en Ayerbe. Cf. § 7.

9. Bajo la ortografía *jején*, el *Dicc. Acad.*, 1925¹⁶, acogió esta palabra, documentada (*axeren*) desde los primeros cronistas de Indias.

10. S. Ramón y Cajal, *El mundo visto a los ochenta años*, Buenos Aires, 1948⁵, 64.

11. *Ib.*, 67. No falta tampoco alguna observación aislada, en el mismo sentido, a lo largo de la obra: el conductor de automóviles es el "fogonero (por mal nombre *chauffeur*") (86); "mi *menú*, para hablar como los galicistas" (177). Igual preocupación se advierte en otros escritos de Cajal: "La palabra *estridencia* [...] no es castellana. Por eso ha hecho fortuna" (*Charles de café* [1921], en *Obras literarias completas*, Madrid, 1961⁴, 1170n3).

conozca el ideario de Cajal, no supone tal preocupación más que un aspecto particular de su celoso y activo patriotismo: la aplicación de éste al terreno lingüístico. De ahí que llegue incluso a proponer, para mejorarla, algunas —ingenuas— reformas de la lengua castellana. De ahí también que se anticipe a evitar la acusación de purismo, proclamando su *casticismo*: no teme inventar neologismos necesarios ni acoger en sus obras el uso de *provincialismos expresivos*, como el gallego *añorar*¹² y el aragonés *amprar* 'pedir prestado'¹³.

El ideal de selección lingüística¹⁴ alzaba, pues, otra barrera entre Cajal y el dialecto aragonés.

5. Pese a la inequívoca postura adoptada en *Recuerdos de mi vida* ante las manifestaciones supervivientes del aragonés, Cajal no se limita a referir la noticia de las peculiaridades dialectales de Ayerbe, la cual podría estar promovida por el deseo de ofrecer una información pintoresca o divertida para sus lectores *cortesianos*. Por el contrario, la utilización de aragonesismos, dispersos a través de su obra autobiográfica, no resulta insólita, como enseguida mostraré. En todo caso, alcanza una incidencia más alta de la que cabría esperar tras conocer su disposición hacia los *provincialismos* (§ 4). Ciertamente debe también advertirse, que Cajal se muestra consciente de su empleo. Prueba de ello es que suelen figurar en letra cursiva y, casi siempre, acompañados, aun no siendo necesario para la comprensión del pasaje, con el término castellano equivalente o una glosa más detallada. Incluso solicita expresamente la disculpa del lector por su modo de proceder, que le mueve a declaraciones como la siguiente: "Perdone el

12. *Añorar* (de origen catalán, no gallego) figura, sin ninguna indicación, en el *Dicc. Acad.* desde 1925¹⁶. La admisión de esta palabra debió de pasar, pues, inadvertida para Cajal.

13. *Amprar* figura, con la indicación de aragonesismo, en el *Dicc. Acad.* al menos desde 1852¹⁰, es decir, desde el año de nacimiento de Cajal. Así se ha mantenido el correspondiente artículo hasta la actualidad.

14. En función de él —se me ocurre pensar— escribe *deporte* (24) con cursiva, pese a que desde muchos años atrás figuraba en el diccionario académico. El mismo proceder gráfico con *plancha* ('desacierto ridículo', 125m1) se justifica por las connotaciones de *fig. y fam.* atribuidas a la palabra en tal acepción. Y más aún en el caso de *afanar* (125) 'robar', no admitido por el *Dicc. Acad.* hasta 1925¹⁵ y como *germ.* Véase también en el presente artículo (§ 9, s. v.) cómo la actitud de Cajal ante la dualidad *tifara ~ atifara* se atiene al criterio académico frente al uso vivo aragonés.

lector las voces aragonesas que empleo; algunas de ellas no figuran en el Diccionario" (18 n 2).

6. Desde los comienzos de la edad moderna, en que, como culminación de un largo proceso, puede ya afirmarse con valor general que el castellano suplanta a los restantes dialectos peninsulares en el uso escrito, hasta que a fines del siglo pasado se inician tímidamente las tareas de la dialectología de campo, la información sobre aquéllos resulta, bien sabido es, muy escasa. Existe, pues, un vacío de prácticamente cuatro siglos que, de hecho, parece considerarse irremediable. Para, en la medida de lo posible, salvarlo, a falta de documentos más extensos o específicos no deben desdeñarse ni desatenderse las noticias, observaciones, testimonios¹⁵, etc., por minúsculos e imprecisos que parezcan, consignados incidentalmente en fuentes de la más diversa naturaleza (literarias, biográficas, jurídicas), ajenas a toda intencionalidad lingüística. Antes al contrario, estimo muy necesario recoger y presentar tales materiales, por muy reducido que parezca su alcance y muy remota, hoy por hoy, la posibilidad de elaborar con ellos visiones o síntesis de alguna amplitud. Pues al menos permiten explicar o aclarar tal o cual cuestión particular.

De este modo he procedido ya en varias ocasiones¹⁶ y así me propongo tratar ahora los datos suministrados por Cajal, que globalmente pueden datarse en la segunda mitad del siglo XIX. Posteriores al *Ensayo de un diccionario aragonés-castellano* (1856), de M. Peralta, y anteriores al primer informe de J. Saroïhandy (1898) sobre las hablas pirenaicas.

En lo que sigue, examinaré los aragonesismos incluidos en el bloque de datos sobre el habla de Ayerbe (§ 2), juntamente con los empleados en otros pasajes de *Recuerdos de mi vida*. Adviértase que no cabe presentar con seguridad a estos últimos como propios de aquella localidad (Cajal bien pudo apren-

15. Que existen en mayor abundancia de lo que pudiera suponerse, aunque pasan inadvertidos o desdeñados. Hace falta acercarse a ellos con mentalidad de historiador medievalista, que no puede desaprovechar ningún dato por minúsculo que parezca, pues sus fuentes resultan exiguas comparadas con las de épocas posteriores.

16. Para el aragonés, en concreto, F. González Ollé, "Callaguari". *Un gasconismo en aragonés*, RDTP, 1976, 32, 201-205: Una simple indicación contenida en un texto legal de 1674 permite la interpretación histórica de algunas palabras pirenaicas actuales.

derlos en diversas localidades aragonesas, Jaca y Huesca entre ellas, durante su adolescencia; también en Zaragoza, bastantes años después) ¹⁷. Sí se percibirá, sin especial análisis, que algunos no pertenecen o no resultan específicos del dominio altoaragonés, sino particularismos del castellano regional de Aragón. A este propósito, estimo oportuno recordar aquí, extendiendo su área de aplicación, una precisa formulación de Buesa ¹⁸: “El cheso es una de las hablas locales pirenaicas [...] Como le ocurre a toda habla viva, el cheso está salpicado de vulgarismos, comunes muchos a todo el mundo hispánico. Aquí está precisamente la personalidad y diferencia del cheso con las hablas del valle medio del Ebro —el llamado baturro—, que son esencialmente un español vulgar, con frecuencia rústico y plebeyo, teñido de vez en cuando con aragonesismos”.

7. Tras recordar que en 1934, según Elcock, el dialecto aragonés se conservaba mejor en Ayerbe que en la mayor parte de los valles pirenaicos, informa Buesa ¹⁹ de la situación conocida personalmente por él en 1952: “La mayoría de los vecinos conservan rasgos genuinamente pirenaicos [...] El ayerbense es habitualmente su habla familiar y como tal la utilizan en la conversación, no avergonzándose de emplear fonemas, términos y giros altoaragoneses”, tanto los ancianos como los niños. En opinión de Buesa ²⁰, la inauguración de la vía férrea, a fines del siglo pasado, marcó el comienzo de la decadencia del ayerbense. Bastante tiempo después, por tanto, de que Cajal ²¹ lo aprendiese.

Sobre la base principal de los datos recogidos por Buesa en la década de mil novecientos cincuenta acerca del habla ayerbense, ampliados en cada caso, según la oportunidad, con

17. En cualquier caso, como tras cada palabra estudiada indico entre paréntesis la página de *Recuerdos* en que consta, de hecho queda así marcada la posible distinción. Las que Cajal presenta en bloque como específicas de Ayerbe, figuran en la página 24 de su autobiografía.

18. T. Buesa, *Introducción* a V. Méndez Coarasa, *Añuda'n*, 14.

19. Son varias las monografías dedicadas por T. Buesa al ayerbense (cf. bibliografía final del presente estudio). Al consultarlas ahora, veo que alude al testimonio de Cajal antes copiado (§ 2). Para glosar éste, aquéllas me han servido de excelente marco, como luego digo en el texto.

20. T. Buesa, *Sufijación*, 11.

21. Según él mismo refiere como una de sus mayores sorpresas infantiles, hasta los catorce años, fuera de Ayerbe, no tuvo oportunidad de conocer el ferrocarril.

otros informes y noticias de diverso alcance, inicio el anunciado examen de los aragonesismos apuntados o empleados en la autobiografía de Cajal.

8. Algunos de los rasgos fonéticos, *fierro*, y gramaticales, *damene*, del ayerbense que extrañaron a Cajal, todavía se mantenían vigorosos en 1952. Para esta fecha, Buesa²² menciona explícitamente la conservación de *f-* y del adverbio pronominal (usado en construcciones como *l'en das* 'le das de eso'; *no'n yay* 'no hay de eso allí'), este último aun entre personas instruidas. Implícitamente, la existencia en tiempos atrás del artículo *o*, *a* queda probada por sintagmas tales como *árbol do molón*, *cabeza do tornillo*, *prensa do rincón*, *boca da pila*, *bordes da taza*, etc.²³.

No resulta sorprendente que las dos formaciones diminutivas *mocete* y *chiqué* estén atestiguadas por Buesa²⁴, como asimismo *chiflete* y *pijáito* (de estas dos últimas, utilizadas en otros pasajes de *Recuerdos*, me ocupo específicamente más adelante). No se atestigua, en cambio, *Santiagué*, hipocorístico con que en algún momento era conocido "el chico del médico de Ayerbe" (76), pero, obviamente puede suponerse, toda vez que constan otros antropónimos que adoptan la misma forma: *Antonié*, *Mariané*, etc.²⁵.

De las restantes peculiaridades fonéticas y gramaticales que se descubren en la noticia de Cajal, me falta información expresa respecto de Ayerbe. Valga decir, sin embargo, que ninguna carece de testimonios actuales o recientes en otras zonas altoaragonesas, particularmente en los valles pirenaicos, al tratarse de fenómenos harto conocidos. Quizá merezca la pena señalar que al consignar "*en ta allá* por *hacia allá*", el testimonio de Cajal viene a corroborar la decadencia de esta típica y problemática²⁶ preposición aragonesa: en el ejemplo expuesto acompaña a un adverbio de lugar, como ocurre en los citados por Borao, *entaquí* 'hasta aquí', y Pardo, *en-t'acá* 'hacia acá'; más aún, en ninguno de los tres casos parece

22. T. Buesa, *Sufijación*, 9.

23. T. Buesa, *Terminología*, 86, 95, 96, 97, etc.

24. T. Buesa, *Sufijación*, 11 y 12.

25. *Ib.*, 16.

26. R. Koutzi, *Ist die aragonesische Präposition, enta ein Arabismus?*, ZRPh, 1970, 86, 372-381.

haber, a juzgar por las transcripciones respectivas, clara conciencia de cuál sea el verdadero significante de la preposición. En el de Cajal, se presenta como más segura la identificación con *ta*, forma que conoce hoy la mayor extensión, entre sus concurrentes, por todo el Pirineo oscense²⁷.

Aunque no figura entre las palabras expresamente atribuidas por Cajal a Ayerbe, diversos indicios de la narración abogan por la presunción favorable a esa localización en el caso de *expandiella* (24). Este significante muestra la característica conservación aragonesa del diptongo *-ié-* procedente de la *ë* de *-ëlla m.* A propósito de Ayerbe observa Buesa que "la no reducción del diptongo está en la mayoría de las palabras en trance de perderse" y presenta una nutrida nómina de ellas.

9. Muy diverso grado de interés en cada caso, pero superior a las informaciones anteriores, encierra el léxico aragonés empleado por Cajal. Con la advertencia apuntada antes (§ 6, final), lo presento en orden alfabético, según la ortografía originaria.

abríos (24)

'Caballerías', según expresa identificación de Cajal. Es palabra extendida por todo el dominio aragonés, recogida en vocabularios generales (Borao, Pardo) y en numerosas monografías referentes al dialecto, a veces con algunas variantes en el significante o en el significado. Por la proximidad cronológica al testimonio de Cajal, menciono *averios* 'bestias', calificado de aragonesismo por M. Nougés y Secall, *Discurso* (1868)²⁸; por la proximidad geográfica, *abrio* 'bestia de carga o tiro', actualmente en Ejea, según Sierra, *Vocabulario*, s. v.

aiván (24)

'Adelante', según expresa identificación de Cajal. No he encontrado otros testimonios de esta forma, pero no resulta temerario suponer su mayor difusión. Precisamente en Ayerbe atestigua Buesa, *Soluciones*, 35, *allá ibán* 'allá adelante', que la presupone.

27. T. Buesa, *Sufijación*, 14.

28. *Apud* F. Monge, *Notas*, 117.

Actualmente está muy generalizado *adeván* (documentado en aragonés desde el siglo XII, según Alvar, *Dialecto*, 153 y 249), de modo especial en zona pirenaica. Así se encuentra en V. Méndez Coarasa, *Añada'n la Val d'Echo*.

De *adeván* —apenas debe decirse— procede la forma *aiván* consignada por Cajal, con pérdida de *-d-* intervocálica y reducción del hiato subsiguiente.

añascar (31)

En lo que se me alcanza, no existe ningún seguro fundamento objetivo ni, por parte de Cajal, indicación alguna para considerar este verbo como aragonesismo. Sin embargo, tras anteponer tales salvedades, me decido a incluirlo en este estudio por los motivos que enseguida expondré.

A propósito de su temprana afición pictórica, dificultada en su desarrollo por la falta casi absoluta de medios para ejercerla, cuenta Cajal que recurría a “embadurnar mis diseños con colores que me proporcionaba raspando las pinturas de las paredes” (29). Por este procedimiento logró componer una estampa “iluminada con ciertos colores que pude *añascar* en la iglesia” (31. El subrayado es mío).

Conviene con justeza para el texto transcrito el significado que figura en el *Dicc. Acad.* 1780² y que se continúa invariable hasta el presente, como primera acepción de *añascar*: ‘juntar o recoger poco a poco cosas menudas y de poco valor’.

En su meritorio esfuerzo al enfrentarse con la intrincada etimología (¿celta, latina, árabe?) de este verbo, documentado en su segunda acepción, ‘enredar, embrollar’ desde época antigua, duda Corominas de la realidad de la primera acepción, a causa de la total ausencia de testimonios para ella. Su aparición en Cajal cambia, por tanto, tal situación. De ahí el interés que le presto.

Ya en la citada edición de 1780² la Academia calificaba a *añascar* de *voz baja* (en la actual edición de su *Diccionario* figura como *fam.*). La rareza de la palabra y su desfavorable connotación —recuérdese el cuidado idiomático de Cajal— vuelven algo sorprendente el hecho de que él la emplee. En consecuencia, llego a la conclusión de que el conocimiento de

añascar, dado su espontáneo uso, cuenta con muchas probabilidades de formar parte del patrimonio lingüístico primitivo de Cajal. El recurso a este verbo en la evocación de actividades infantiles —entre las que resulta tan característica la de reunir objetos carentes de valor—, refuerza la hipótesis de que se trate de una palabra vinculada a la época y ambiente de la infancia, que brota con naturalidad en relación con esas circunstancias y no fuera de ellas.

besque (18)

Al referir Cajal cómo cazaba pájaros, “entre los procedimientos que permiten cogerlos vivos” menciona “*besque* o *liga*”. El mapa 498 del ALEANR facilita ahora observar que *besque* (y sus variantes fonéticas) ‘liga para cazar pájaros’ domina todo el territorio aragonés, frente a *liga* en Navarra²⁹ y Rioja.

cardelina (18)

Tras la mención de esta palabra, Cajal coloca entre paréntesis, en redonda, *jilguero*. Parece pues, consciente, de su limitación regional.

En la lámina 522 (no tiene mapa propio) del ALEANR se informa sobre las denominaciones de ‘jilguero’: “*Cardelina* es la forma dominante en varias provincias, y en especial las aragonesas”. Los diccionarios de Borao y Pardo, al igual que numerosas monografías locales ratifican tal información. Me limito a apuntar, por su proximidad al ámbito de Cajal, que así ocurre también hoy en Ejea, según Sierra, *Vocabulario*, s. v. Sobre la naturaleza netamente aragonesa de *cardelina* y su difusión en otros espacios lingüísticos, cf. J. Mondéjar, *Un aragonesismo ornitológico en sardo: cardelina* (AFA, 1976, 18, 7-21; también, ZRPh, 1970, 86, 140-141).

En Navarra, sin ser hoy desconocida la palabra, debió de poseer una vigencia que modernamente no tiene, pues Iribarren, *Vocabulario*, s. v., sólo registra una acepción metafórica. Mientras que de Tudela procede la datación más antigua (1566), en absoluto, que conozco de *cardelina* (J. Arbolanche,

29. *Bisque*, en Sangüesa (Navarra), según Iribarren, *Añaciones*, s. v., debe de ser, en mi opinión, un aragonesismo. La forma propiamente navarra, *visco*, ‘muérdago’, resulta muy frecuente en la documentación de tal procedencia referente a la trashumancia ganadera.

Las Abidas. Ed. de F. González Ollé. Madrid, 1972, I, 127 v, 16), aunque carente de ayuda contextual para identificar de qué especie se trata.

carne de cabra (58)

Con esta denominación motejaban a Cajal sus compañeros de clase al llegar, en 1864, al Instituto de Huesca. El afectado lo explica del siguiente modo: "Este último remoquete dábase entonces por burla a todos los ayerbenses".

En Andolz, *Diccionario*, encuentro *carnicrabas*: "así llaman a los de Ayerbe". No he encontrado ninguna otra mención del citado mote, que no figura en las obras de G. M. Vergara dedicadas a esta clase de nombres.

cogullada (18)

Tras la mención de la palabra —que escribe en cursiva, a diferencia de *cardelina*—, Cajal coloca, entre paréntesis y en redonda, *cogujada*. Se muestra, pues, sensible al contraste fonético entre aragonés y castellano.

La forma autóctona aragonesa se mantiene con vitalidad en el presente, según el mapa 453 del ALEANR y numerosas monografías locales; particularmente en Huesca, provincia donde se acusa menos que en las otras aragonesas la competencia de diversos sinónimos. Por el contrario, en Huesca resulta más frecuente que en las otras, como era de esperar, la presencia de *-c-* y no *-g-* en el significante.

coscarana (50)

Se incluye esta palabra en una relación de "apetitosos" alimentos, con una nota a pie de página en que el autor explica: "Sabrosas tortas fabricadas en Ayerbe y en otros pueblos del Alto Aragón".

Coscarana aparece desde la edición de 1780² en el *Dicc. Acad.* con la definición de 'torta muy delgada y seca, que al comerse cruje' y la indicación de que "se usa en Aragón". Con algún retoque irrelevante en la definición y la nota de aragonesismo, *coscarana* se mantiene en la edición actual del *Dicc. Acad.* Se incluye en los diccionarios de Borao, Pardo y Andolz, que siguen la definición académica. Quizá mi búsqueda ha sido insuficiente (he consultado todos los estudios mencionados en

el presente y bastantes otros), pero me extraña no encontrar más testimonios aragoneses de esta palabra que el de Calcena (límite occidental de Zaragoza), 'torta de harina de trigo muy fina', en el ALEANR, mapa 888. En Ejea, según Sierra, *Vocabulario*, s. v., "existe aquí como apodo".

Por el contrario, la palabra examinada conoce numerosas variantes en Navarra: *coscaraña*, *cascaraña*, *cascarraña*, etc., según Iribarren, *Vocabulario*, para designar diversas especies de pan, tortas, etc. A la vista de estas formas podría pensarse en su vinculación con *cascar*, dada la naturaleza quebradiza (Iribarren consigna expresamente esta cualidad) del referente. Pero tal relación encierra el peligro de resultar engañosa, suscitada quizá por etimología popular.

Frente a la semejanza de significante y significado de los testimonios navarros con el testimonio de Cajal, en Aragón se encuentran *coscarana* 'esqueleto', en Benasque, según Ballarín, *Vocabulario*, s. v., y *coscarina* 'calavera', en Ribagorza, según Haensch, *Hablas*, s. v. Apunto estos mínimos datos, sin pretensión, como podrá comprenderse, de llegar a una solución sobre el origen de la palabra examinada, dada la intrincada serie de las existentes con radical *kas-*, *kos-*, de base onomatopéyica, con múltiples casos de cruce, etimología popular, etc. Este último fenómeno es indudablemente el que da lugar en Tudela y Estella a *tostaraña* 'pan seco y tostado'; pero también *testaraña*, aparente compuesto, cuyo presunto primer elemento hace recordar el citado aragonés 'calavera', cuando no debe de mediar ninguna relación entre ambos.

cuaderna (18 y *passim*)

Cuenta Cajal que, durante su infancia, "ofrecía a los muchachos y gañanes una *cuaderna* por cada nido que me enseñasen".

En el *Dicc. Aut.* figura *cuaderna* 'cuarta parte de alguna cosa, especialmente en el pan y el dinero', con la indicación de "es voz usada en Aragón". De este modo, con sólo un retoque estilístico, permanece en la última edición del *Dicc. Acad.* como 3.^a acepción del correspondiente artículo.

Borao define *cuaderna* al igual que el *Dicc. Aut.*, pero también 'moneda de ocho maravedises', que conviene para el

pasaje de Cajal. Definición que conserva Pardo, aunque al recopilar su diccionario tal moneda no era ya de curso legal. Por lo demás, se encuentra asimismo todavía en la última edición del *Dicc. Acad.*, como 2.^a acepción, sin ninguna connotación.

En Ejea, según Sierra, *Vocabulario, s. v.*, es 'moneda de cobre de diez céntimos'; en la Ribera navarra, según Iribarren, *Vocabulario, s. v.*, 'moneda de cobre de cinco céntimos'. Ambos casos muestran una adaptación a la realidad monetaria del momento correspondiente. Por esa misma razón, concretada en el desuso del objeto, no figura, sin duda, en otras monografías locales. Como 'moneda', sin ninguna determinación económica, se emplea, según Bayo Bueno, en una comedia chesa de Domingo Miral.

Por otra parte, no parece que *cuaderna* haya correspondido nunca a la denominación oficial o legal de una moneda específica, pues falta en el copioso *Glosario hispánico de numismática* (Barcelona, 1946), de F. Mateu Llopis.

Como 'medida de peso', *cuaderna* ratifica su condición de aragonesismo al encontrarse en Francisco Xavier García, *Formulario que servirá de fiel ... para el empleo de almutazaf en las poblaciones del Reyno de Aragón* (Zaragoza, 1740), según cita de Harrison, *Quelques mots*, 608.

cuhiblanca (18)

Palabra que Cajal escribe en cursiva, sin ninguna aclaración ni indicación, como miembro de una enumeración de aves.

En Pallaruelo de Monegros (Huesca), *cuhiblanca* es la denominación para 'aguzanieves' (*Motacilla alba*); según el mapa 458 del ALEANR. El mismo significante figura en la lámina 538 de dicha obra, entre los "nombres de pájaros no identificados o rara vez recogidos", con localización en Laspuña (Huesca) y Estercuel (Teruel). En Bolea (Huesca), muy cerca de Ayerbe, es 'pájaro negro, mayor que el gorrión y con cola blanca', según Andolz, *Diccionario, s. v.* De género gramatical masculino, con cambio de terminación, *cuhiblanco*, en Ejea, según Sierra, *Vocabulario, s. v.*, es 'pájaro de cola blanca, larga, alas negras, que vive en los lugares donde hay agua'.

En zonas próximas, fuera de Aragón, *culiblanco* es 'lavan-dera o pajarita de las nieves, *Motacilla alba*', en la Ribera navarra, y 'pajarito más pequeño que el gorrión', en Javier, según Iribarren, *Vocabulario*, s. v.

Con los anteriores datos, no podría dudarse de la identidad referencial de *culiblanca*, en Cajal, si no fuera porque el citado mapa 458 del ALEANR presenta el significante *engaña-pastor* como la denominación más general³⁰ en Huesca para 'aguzanieves'. Ocurre, además, que en la enumeración de Cajal figura también este miembro: "*engaña-pastor* (chotacabras)", y que en el mapa 461 del mismo atlas son asimismo numerosos los puntos que, en Huesca, aseguran esa equivalencia. Ahora bien, en ninguna localidad se registra */engañapastor/* para designar las dos especies ornitológicas aquí mencionadas. Es decir, cuando */engañapastor/* designa 'chotacabras', existe otro significante para 'aguzanieves'. Así ocurre en el citado Pallaruelo de Monegros, el único pueblo de Huesca (entre los incluidos en el ALEANR) que para esta última especie utiliza, como ya indiqué, *culiblanca*.

Por tanto, la nomenclatura *culiblanca* 'aguzanieves'; *engaña-pastor* 'chotacabras', empleada por Cajal, coincide con la vigente hoy en Pallaruelo de Monegros, localidad situada a unos 70 kilómetros, en línea recta, al SE. de Ayerbe.

Tanto en la edición (1899¹³) en curso del *Dicc. Acad.* al componer por vez primera Cajal su autobiografía, como en la edición posterior (1914¹⁴), correspondiente a la época de la tercera y definitiva redacción de *Recuerdos de mi vida*, figura *engañapastores* como sinónimo de *chotacabras*. En ninguna de las dos ediciones del diccionario oficial citadas aparece *culiblanca* ni cualquiera otra de sus variantes conocidas o presuntas. Cajal concuerda, pues, con el criterio académico en la medida en que éste se presenta manifiesto, es decir, en la identificación del referente de */engañapastor/*. Cuando la

30. Como se sabe, la sinonimia de esta ave se muestra riquísima en toda Europa. Para el ámbito hispánico recuerdo: M. L. Santos Rincón, *Nombres de la aguzanieves*, RDTP, 1951, 7, 508-517; M. Sanchís Guarner, *Els noms catalans de la cuereta*, ER, 1955, 5, 141-150; G. Rohlf, *Die hispanischen Namen der Buchstelze*, en *Etymologica. Walter von Wartburg zum siebzigsten Geburtstag*, Tübinga, 1958, 629-654; K. Whinnon, *A Glossary of Spanish Bird-names*, Londres, 1966.

Academia no se pronuncia, es decir, omite /*chiflablanca*/, Cajal se limita a transcribir tal palabra en cursiva, sin glosarla.

chiflete (27)

Para sus asonadas en Ayerbe, Cajal preparaba “flautas y *chifletes*, que hacía de caña, con sus correspondientes agujeros, lengüetas y hasta llaves”.

Chiflo ‘especie de flauta’ se emplea en Bajo Aragón, según Andolz, *Diccionario*, s. v. *Chiflito* ‘silbato’, en Ansó, según Alvar, *Repertorio*, s. v. El verbo correspondiente, *chiflar*, con polimorfismo, constituye la denominación más generalizada en Aragón para ‘silbar’, según el mapa 1206 del ALEANR, y aparece usado en las poesías chesas de Méndez Coarasa.

Ciertamente no resultaban necesarias las anteriores noticias —por eso he omitido otras semejantes— para deducir que *chiflete*, diminutivo en grado mayor o menor de lexicalización, era la forma de designar una especie de silbato. Pero resulta un tanto sorprendente que en las monografías consultadas este significado —quizá por consabido; por más general y, en cuanto tal, menos *típico* de Aragón; por desaparición o escaso empleo del objeto— se encuentre ausente, a favor de otros, derivado de él. Así, en el propio Ayerbe, donde Cajal construía sus *chifletes*, recoge este mismo significante Buesa, *Sufijación*, 25, entre las formaciones en que el sufijo *-ete* “valora despreciativamente una conducta”, con el significado de ‘entrometido’, ‘chismoso’. Ya Borao consignaba *chiflete* ‘chisme’, ‘chismoso’, con ausencia de todo otro significado y del significante *chiflo*. La misma disposición presenta Pardo. También en Navarra, según Iribarren, *Vocabulario*, s. v., falta *chiflo*, mientras que *chiflete* es ‘soplo, delación, chisme’ y ‘soplón’; incluso, según el mismo autor, *Adiciones*, s. v., es ‘bofetada’, en Roncal.

De lo hasta aquí expuesto no debe deducirse que haya de tomarse a la familia léxica considerada como exclusiva o específicamente aragonesa (y navarra), pues también se conoce en el oeste peninsular y desde el *Dicc. Aut.* ha sido admitida por la Academia sin ninguna connotación regional. El hecho de que Cajal escribiera en cursiva esta palabra y de que sólo en

Ayerbe —si cabe afirmación tan arriesgada— se haya documentado en época actual *chiflete*, junto con el aparente olvido de su significación básica, ha sido el motivo para su inclusión en el presente estudio.

empapuzar (79)

Para combatir las “rarezas alimenticias extremadas” del joven Cajal, su patrón se vio en la necesidad de “democratizarme el estómago y *empapuzarme* (empapujar) hasta de las más viles bazofias”.

El rasgo formal (cursiva y aclaración entre paréntesis) que Cajal confiere a la expresión de su recuerdo, guarda correspondencia con la actitud adoptada por el diccionario oficial respecto de la palabra que encabeza este artículo. En efecto, en el *Dicc. Acad.* de 1914¹⁴, la edición vigente cuando Cajal escribía lo anterior, figura *empapujar* ‘hacer comer demasiado a uno’, que supone conservar el mismo encabezamiento del *Dicc. Aut.* Todavía, en cambio, desconoce la variante *empapuzar*. Ésta no fue admitida hasta la edición siguiente (1925¹⁵), como propia de Álava, Aragón y Navarra, con remisión a *empapujar*. Tal situación lexicográfica se mantiene invariada en la última edición (1970¹⁹), aunque, en mi opinión, *empapuzar* conoce hoy una extensión superior a la que pudiera deducirse de la sanción académica; incluso me atrevería a afirmar que actualmente, de modo general, prevalece sobre *empapujar* en el castellano coloquial.

A favor de esta particular opinión mía, quizá pudiera alegarse el hecho de que, incluyendo Borao *empapuzar* ‘empapujar’ en su diccionario, Pardo lo excluye. Es decir, que debió de percibir que su difusión peninsular no permitía considerarlo aragonesismo. Por el contrario, Sierra parece sentir *empapuzar* ‘comer en demasía’ como forma propia de Ejea o, al menos, no común en castellano, puesto que lo incorpora a su *Vocabulario*.

engaña-pastor (18)

Tras la mención de esta palabra, que escribe en cursiva, Cajal coloca, entre paréntesis, en redonda, *chotacabras*.

A propósito de *cuñiblanca* (cf. supra s. v.) ya me he ocupado de *engaña-pastor* y de ratificar su significación de 'chotacabras', mostrando cómo Cajal concuerda con el diccionario oficial. Repito ahora, con mayor precisión y detalles, que /*engañapastor*/ 'aguzanieves' figura en los diccionarios de Borao y Pardo y en numerosas monografías locales. Estas informan de su localización en La Litera, según Coll, *Colección*, s. v. (pero 'chotacabras', según Carpi, *Dialecto*, s. v.); Benasque, según Ballarín, *Vocabulario*, s. v.; Ejea, según Sierra, *Vocabulario*, s. v.; etc. Por el contrario, en Bielsa, según Badia, *Habla*, s. v., es 'chotacabras'. La discrepancia expuesta se refleja en recopilaciones como la de Andolz, *Diccionario*, s. v., donde *engañapastor* comprende los dos significados.

En zonas próximas, fuera de Aragón, *engañapastor* es 'aguzanieves' en Pamplona, Tafalla y Salazar, según Iribarren, *Vocabulario* s. v., al igual que en otros puntos de Navarra encuestados por el ALEANR, mapa 459.

espandiella (24)

Figura esta palabra en la misma página que el bloque de noticias sobre el habla de Ayerbe, pero no está inserta en él. Si bien, por su contexto, que luego copio, cabe deducir que allí precisamente la aprendió Cajal.

Superada pronto la hostilidad inicial de los muchachos ayerbenses, Cajal enseguida participó en sus "juegos del peón, del tejo, de la *espandiella*, del marro, sin olvidar las carreras, luchas y saltos en competición, hallando en todos estos *deportes* la sana alegría asociada a la actividad".

De toda la enumeración contenida en el párrafo copiado, sólo *espandiella* (sobre la presencia del diptongo -ie- en este significante, cf. § 8) figura, como puede observarse, en cursiva. Puedo declarar por anticipado que la cautela de Cajal al recurrir a este tratamiento gráfico no me sorprende personalmente, pues afecta a la única palabra de significado desconocido para mí desde el primer momento de su lectura y también tras los esfuerzos realizados para averiguarlo. Ni siquiera, en múltiples pesquisas lexicográficas, he hallado el significante *espandiella*.

Aun suponiendo que la *-n-* sea, por alguna razón que desconozco, adventicia o que constituya una molesta errata³¹, es decir, que deba partirse de *espadi(e)lla*, significante si identificado, la incógnita semántica sigue en pie.

Un diminutivo intencional de *espada*, para designar a la de reducidas proporciones propias de un juguete, no adoptaría normalmente en aragonés el sufijo *-illo* y, menos, su forma arcaizante *-iello*, salvo que la derivación diminutiva ya constituyera parte de un hipotético étimo latino o fuera de época muy temprana. Por otra parte, aun admitiendo que se tratara de 'espada pequeña, de juguete', queda sin aclarar cuál era el juego que con ella se realizaba. La determinación precisa de los restantes (*peón*, *tejo*, etc.) lleva a pensar que también *espandiella* se refiere a una modalidad específica y no simplemente al manejo de la espada. La bibliografía consultada, antigua y moderna, sobre juegos infantiles, no ha aclarado la cuestión. Rodrigo Caro³² escribe que "en un juego que llaman *espada lucía* es ceremonia que el que salta en el otro ha de venir a coscojita". Aunque precariamente expuestas, un juego de estas características resulta idóneo en relación con los otros enumerados. Pero falta, obvio es declararlo, toda prueba para proceder a su identificación con el de Cajal.

Más probable resultaría, desde un punto de vista etimológico, que *espadiella* correspondiese a algún tipo de instrumento agrícola. Su adscripción a este ámbito profesional tradicional justificaría su conservadurismo morfológico. *Espadilla* se denomina en diversas áreas peninsulares el útil para *espadar* el lino. Es lo que sucede en Huesca, donde la lámina 322 a del ALEANR recoge las formas siguientes: *espada*, *espadadera*, *espadada*, *espadella*, *espadela*, *espadilla*, y también, en Hecho, con la característica formal antes aludida, *espadiella*. Pero atribuir este significado al término empleado por Cajal, mantiene sin resolver el problema planteado antes, es decir, identificar el juego de que habla.

Lo mismo ocurre si por *espadilla* se entiende 'madero que

31. No me han resultado asequibles las anteriores ediciones de *Recuerdos*. En la publicada, junto con otras obras de Cajal, en Madrid, 1961⁴, también se escribe *espandiella*.

32. R. Caro, *Días geniales o lúdricos*, Ed. de J.-P. Etienvre, Madrid, 1978, I, 87.

sostiene las vigas del molino aceitero', acepción atestiguada en el propio Ayerbe por Buesa, *Terminología*, 92.

Espadilla significa también 'as de espadas', como atestigua el *Dicc. Aut.* con un pasaje de Calderón. Este significado es hoy general en Huesca y Zaragoza, según el mapa 1196 del ALEANR, que asimismo lo registra en las provincias restantes. Con anterioridad, Covarrubias, *Tesoro*, s. v., había consignado *espadilla* 'en los naipes, el punto que, por otro nombre, llaman la chifla' (significante este último que Covarrubias incluye en su obra con un significado inadecuado al requerido para la definición copiada). Pero también *espadilla* designa en general 'juego de naipes'. Esta extensión de significado guarda el interés de que la consignan tanto Borao como Pardo, es decir, la consideran propia de Aragón. En este mismo orden de atribución regional apunto que José de Sieso y Bolea —recolector de voces aragonesas para el *Dicc. Aut.*—, en su manuscrito diccionario etimológico (hacia 1720), al incluir *espadilla* parece aludir indirectamente a la condición aragonesa de esta palabra al glosarla así: "En Castilla, jugar al hombre" (*Tesoro lexicográfico*, s. v.). Sin embargo, pese a tal indicación, también en castellano era usual *espadilla* para designar dicho juego de naipes, como puede probarse con numerosos testimonios literarios desprovistos de toda connotación dialectal. Ahora bien, tanto el contexto de *espandiella* (una enumeración de hipónimos de *deporte*) como la circunstancia vital de su autor (Cajal contaba ocho o nueve años en el momento evocado por él) dificultan que la palabra examinada haga referencia a un juego de naipes.

Me faltan, pues, datos y pruebas para decidir el significado de *espa(n)diella*, aun habiendo tratado de facilitar la investigación con la exclusión —en principio, indebida— de la -n-.

No obstante la anterior conclusión negativa, quiero dejar apuntada una hipótesis, aun reconociendo que ya está debilitada desde su planteamiento por la misma exclusión recién denunciada. El juego denominado *espandiella* pudiera consistir en algún simulacro similar a las *danzas de espadas*. Según

Arco y Garay³³, “dances con palos y con espadas abundan en el Alto Aragón”, hasta el punto de que “la danza típica es la de espadas”³⁴ en dicha región. Cajal y sus compañeros manejarían, en vez de espadas, simples palos, con los que imitarían los movimientos de los mozos (si es que éstos no habían procedido también a idéntica sustitución, como ha ocurrido en lugares que ejecutan el *paloteado*). Pero, a diferencia de regiones próximas, en ningún punto de Aragón, según el mapa 1201 del ALEANR, se recurre a /*espada*/ para designar este tipo de baile. Por el contrario, en Aragüés del Puerto y en Jaca se atestigua *palotiáu*, información que supone otro inconveniente para la hipótesis formulada.

farinetas (38)

Durante la estancia de Cajal en Jaca, para iniciar el bachillerato, su principal alimento fueron “las gachas de maíz, llamadas allí *farinetas*”. Extraña la adscripción local, tan precisa, del vocablo, pues, generales en todo Aragón cosa y palabra (como puede verse ahora fácilmente en el mapa 868, ‘gachas’, del ALEANR), resulta difícil suponer que constituyesen novedad para Cajal, aunque en su propia casa la alimentación, según parece desprenderse del relato, fuera más selecta. Si se acepta tal suposición, ha de atribuirse a *allí* un ámbito más amplio que el de Jaca: el aragonés, de modo impreciso, pero suficiente para el lector ajeno a él y desconocedor de la palabra *farinetas*.

Borao y Pardo la definen como ‘puches’, ‘gachas’, sin entrar en detalles de la composición de la cosa, que pueden conocerse por algunos vocabularios locales, aparte de los estudios sobre la cocina típica aragonesa.

fematero (106)

De su época juvenil en Zaragoza, refiere Cajal las pedreas “entre estudiantes y femateros”, palabra esta última que, de

33. R. del Arco Garay, *Notas de folklore altoaragonés*, Madrid, 1943, 111. Una información detallada, en A. Larrea Palacín, *El dance aragonés y las representaciones de moros y cristianos*, Tetuán, 1952; M. Pueyo Roy, *Origen y problemas estructurales del dance aragonés*, Caesaraugusta, 1961, 17, 81-90. De la misma autora, no he podido ver el libro *El dance en Aragón*, Zaragoza, 1973.

34. R. del Arco Garay, *Notas*, 472.

acuerdo con su modo habitual de proceder, debería figurar en cursiva.

Fematero, voz empleada por el escritor costumbrista García-Arista (Maestro García, *Aspectos*, s.v.), es 'el que recoge y acarrea estiércol', según informan Borao y Pardo para Aragón, e Iribarren para Navarra. Se trata, pues, de un miembro de la familia léxica de *fiemo*, palabra tradicional y general en todo Aragón, desde época medieval, para 'estiércol', como consignan numerosas monografías. La Academia tardó más de un siglo en admitir *fiemo*, con la nota de aragonesismo, que en la actual edición de su diccionario amplía a Andalucía, Navarra y Rioja.

También el catalán conoce *femater*, que Alcover, *Diccionari*, s.v., deriva de *fem* 'estiércol'. Más exacto sería vincularlo a *femat*, con el mismo significado, documentado en catalán antiguo. Una formación semejante habrá existido o hay que suponer en aragonés.

forano (24)

El propio Cajal consigna su equivalencia con *forastero*, que es la definición proporcionada por Borao, Pardo y Andolz, continuando un uso ya documentado en los *Fueros de Aragón* (ed. de G. Tilander. Lund, 1937, 9). Otros testimonios antiguos, castellanos y riojanos, en V. García de Diego, *Etimologías españolas*, RFE, 1920, 7, 146.

forato (24)

También de este vocablo señala Cajal su equivalente, que es *agujero*. Extrañamente, no mencionan esta forma Borao (que registra *forado*) ni Pardo (que registra *forao*), puesto que numerosos estudios locales informan de su conservación, mucho tiempo después, en Agüero, Bielsa, Linás, etc.

Más interés ofrece conocer que *forato* 'agujero' sobrevive asimismo en Ayerbe, según Buesa, *Terminología*, 94, donde Cajal aprendió la palabra consignada.

liena (18)

Cajal presenta una explicación relativamente detallada del objeto designado por esta palabra. A propósito de la caza de pájaros, informa de que uno de "los procedimientos que permitían cogerlos vivos" eran las *lienas*. Y en nota a pie de

página escribe: "Trampas hechas con una losa y ciertos palillos fácilmente desbaratables por el pájaro al picar el cebo".

Del origen y difusión territorial de esta palabra, que merece un tratamiento monográfico, me he ocupado en mi estudio *Prerromano * lena, aragonés liena (con un excursu sobre losa)*. Philologica Hispaniensa in honorem Manuel Alvar. Madrid, 1933, I, 231-41.

lifara (120)

Con motivo de haber superado, durante las fiestas de Valpalmas, una dura prueba de fuerza física, a sus veinte años, escribe Cajal que el triunfo "se celebró alegremente con baile y *lifara* (alifara) al aire libre".

Tanto *lifara* como *alifara* figuran registradas en el *Dicc. Acad.* como voces propias de Aragón, con el significado de 'convite o merienda' y la particularidad de que *lifara* lleva la indicación de *fam.*, motivo por el cual Cajal debió de escribir esta palabra en cursiva y añadir entre paréntesis, en redonda, *alifara*, desprovista de la connotación indicada.

El distingo académico parece un tanto sutil, pues en cuanto a la presencia o ausencia de *a-* inicial, ambas posibilidades están documentadas desde el siglo XI, subsisten en el habla actual y se recogen por igual en los diccionarios de Borao ('comida de amigos') y Pardo ('merendona'). Sin embargo, el que ha de tomarse por uso más arraigado o espontáneo de Cajal —la preferencia de *lifara* sobre *alifara*, a juzgar por la disposición dada a su texto— corresponde a la distribución predominante en todo Aragón, especialmente en Huesca, como muestra el mapa 1159 del ALEANR, dedicado a 'merendona'. Diversas monografías atestiguan asimismo el predominio de *lifara* en Ribagorza, Benasque, Bielsa, Ejea, Híjar, etc., con significados idénticos o semejantes a los ya expuestos. *Lifara* escribe también el costumbrista García-Arista.

Ambas formas reaparecen en el mapa 1222, dedicado a 'alboroque', que ratifica el predominio de *lifara* sobre *alifara*. Por el contrario, en Navarra, según Iribarren, *Adiciones*, s. v., sólo aparece *alifara*, con algunas variantes, pero todas presentan *a-* inicial.

matraco (106, 119 y 120)

Aparece como antónimo de *señorito* y de *pijáito*. El testimonio más antiguo que conozco es *matraca*, en el *Dicc. Aut.*, cuya segunda acepción, 'hombre porfiado con pesadez y necesidad' conviene menos para los pasajes señalados de Cajal que la significación consignada en los vocabularios regionales aragoneses: 'campesino', 'persona de escasa cultura y de ademanes toscos', según Coll, *Colección*, s. v.; 'baturro', según Pardo, *Diccionario*, s. v., entre otras acepciones irrelevantes al presente caso (estimo oportuno apuntar que Pardo define *baturro* como 'rústico, hombre de campo en Aragón'). También en Navarra, zona ribereña del Ebro, es 'campesino', 'persona tosca', según Iribarren, *Vocabulario*, s. v. Extraña la ausencia de *matraco* en Borao. *Matraquería*, en García-Arista, es glosado por Maestro Gracia como 'conjunto de personas de escasa cultura'.

El testimonio académico arriba copiado muestra cómo desde el empleo metafórico de *matraca* 'martillo' se ha llegado a una lexicalización tan completa que ha determinado incluso la variante formal de género gramatical.

patio (120)

Al referir un suceso que le acaeció en una casa de Valpalmas, escribe Cajal: "En cuyo *patio* (portal) yacían muchos sacos".

En coincidencia con la aclaración parentética, el mapa 775 del ALEANR muestra que *patio* domina en todo Aragón para el significado de 'portal', 'zaguán'. De este último modo lo define Buesa en su edición de las poesías chesas de Méndez Coarasa.

Sin duda para destacar el sema diferencial de *patio* en Aragón respecto del uso más general en España, tanto Borao como Pardo precisan así: 'portal cubierto'.

picaraza (18 y 33)

Las dos ocasiones en que Cajal escribe el nombre de esta ave, lo hace en cursiva, consignando *garza* a continuación, entre paréntesis y en redonda. Queda, pues, claro que le atri-

buye alguna connotación particular. En cambio, resulta dudosa la exactitud de la equivalencia léxica presentada, pues en todo el dominio aragonés *picaraza* está difundido como sinónimo de *urraca*, a juzgar por el mapa 461 del ALEANR. Varios vocabularios locales ratifican esta última identificación. Asimismo, *picaraza* 'urraca' se testimonia de uso general en Navarra, según Iribarren, *Vocabulario*, s. v.

piculines (119)

Durante las fiestas de Valpalmas —a las que Cajal asistió, como antes apunté, cuando contaba veinte años— se celebraron, entre otras diversiones populares (carreras, cucañas, etcétera), “funciones de *piculines* (saltimbanquis)”.

Para Borao es 'volatín' (téngase presente que según el *Dicc. Acad.*, *volatín* designa tanto al volatinero como a su ejercicio), mientras que Pardo lo define como 'volatinero', pero también registra *salir haciendo piculines* 'tambaleándose, usando de habilidades'. Andolz, con referencia explícita a Zaragoza, lo hace sinónimo de *comediante* y testimonia además el femenino *piculina*.

La palabra en cuestión rebasa el ámbito aragonés por sus dos costados geográficos. En el área catalana, Alcover, *Diccionari*, s. v., recoge *picolin*, cuya definición simplifico y traduzco por 'marioneta', con la particularidad de que sólo se localiza en Mallorca. También peculiar, en diverso orden de cosas, es la presencia de *-n* final; a falta de otros datos, podría explicarse por introducción reciente de la palabra.

En opuesta dirección geográfica, Iribarren, *Vocabulario*, s. v., consigna *piculín* en Corella (Navarra), como 'presumido', 'vano', y, con moción femenina, en este caso sin precisar la localización, 'mujer de circo'. El propio Iribarren suministra información sobre el origen de la palabra: “En otras partes significa volatinero o titiritero, en recuerdo de un famoso funámbulo y equilibrista de Castellón de la Plana que trabajó a principios del siglo XIX en Zaragoza y otros puntos. Piculín debutó en Zaragoza el 23 de octubre de 1803, según consigna Faustino Casamayor en sus *Años políticos e históricos*”. No he conseguido ver el citado libro de Casamayor, que ni siquiera

figura en los repertorios bibliográficos generales (Hidalgo, Palau, *Catálogo general del libro español*, etc.)³⁵.

En un primer examen, *piculín* se asocia fonéticamente, incluso semánticamente, con *arlequin*, *figurín*, *saltarin*, *vola-tín*, etc., y enseguida despierta resonancias de origen italiano. De hecho, *picolino* figura en diccionarios italianos usuales como diminutivo de *piccolo*. Con todo lo expuesto, cabe suponer que *Piculín* fuera el nombre profesional que el funámbulo mencionado forjó artificiosamente para obtener efectos evocativos favorables por su aire italianizante. Como es sabido, al igual que ocurría con las compañías teatrales italianas, desde el siglo XVI, al menos, actuaban en España otros profesionales del mismo origen desarrollando diversos espectáculos públicos. Varey³⁶ ha denunciado la gran confusión terminológica que reina para designar las actividades de acróbatas, titiriteros, jugadores de mano, etc. Añado, por mi parte, otro dato: la gran frecuencia de italianismos (que una búsqueda expresa haría crecer) en este campo: *buratín*, *saltimbanqui*, *titirimundi*, etc. Como probablemente ocurrió en el primero de los enumerados (luego convertido en *vola(n)tín*), *piculín* debió de experimentar también la conversión de nombre propio en común³⁷.

pigre (41, 45, 47 y 57)

Pese a su repetido empleo, ninguno de los contextos en que aparece, resulta suficiente para deducir el significado de esta palabra (de ellos sólo se desprende su naturaleza peyorativa), sobre la que Cajal no aporta ninguna indicación. Ciertamente que tal proceder resulta justificado, pues si bien no parece

35. Bajo el nombre de Francisco Casamayor, incluye Palau una sola obra: *Los sitios de Zaragoza*, Zaragoza, 1908.

36. J. E. Varey, *Historia de los títeres en España (desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII)*, Madrid, 1957, 104 y *passim*.

37. Desconozco si *piculines* sobrevive, con uso generalizado, en el habla zaragozana actual. Pero no debe de ser ajena a esta palabra una marca comercial, *Picolín*, perteneciente a una empresa radicada (o con amplias instalaciones fabriles) en Zaragoza, y muy difundida en todo el ámbito nacional por la publicidad; incluso, desde hace un par de años, por el equipo de fútbol representativo de la ciudad, el cual la inscribe en su uniforme.

De ser cierto el origen expuesto arriba y de confirmarse mi suposición, se daría el caso, que estimo poco frecuente, de un antropónimo convertido en sustantivo común, para después, más o menos olvidado como tal, volver a la condición de nombre propio.

que *pigre* haya sido nunca de uso general, ha contado siempre con el respaldo de la aceptación académica.

En el *Dicc. Aut.* se define como 'tardo, negligente o desidioso', con la advertencia de que "es voz usada en Aragón". La definición se ha conservado hasta la presente edición del *Dicc. Acad.*; la única modificación que ha experimentado este artículo ha consistido en eliminar, a partir de la edición de 1884¹², la nota de aragonesismo.

Tanto Borao como Pardo registran *pigre* y copian literalmente la definición académica. Borao añade una segunda acepción: 'desaplicado o poco aprovechado en la escuela'. Esta es la que conviene con toda exactitud a los pasajes correspondientes de Cajal, de los que transcribo uno: "Habían sido aprobados alumnos tan pigres o más que yo" (47). También en relación con el ámbito escolar y en idéntico sentido, M. Alvar, *El envés de la hoja* (Zaragoza, 1982), recurre a *pigre* como palabra usual en Zaragoza hacia 1930.

El catalán conoce *pigre*, pero no parece haber sido nunca voz generalizada. Alcover, *Diccionari*, s. v., menciona únicamente dos testimonios medievales. Juan de Mena, *Laberinto*, 113 b y 232 g emplea *pigro*; en el segundo de estos pasajes queda patente el significado de 'perezoso': *Y los que pigros en los sus oficios*. No he encontrado ningún otro testimonio.

A falta de más información, los datos expuestos me inclinan a considerar *pigre* como aragonesismo.

pijaitos (106 y 109)

Peleas análogas a las que entablan en Zaragoza "estudiantes y femateros" (cf. *supra* esta última palabra), ocurrían también entre "*pijaitos* y *matracos*" y en ellas participaba igualmente Cajal, dentro del primer grupo.

Con el significado de 'presumido', 'vanidoso', recoge Buesa, *Sufijación*, 25, esta palabra en Ayerbe, e informa de que experimenta "dislocación acentual para deshacer el hiato". La misma acentuación de Ayerbe se conoce en Navarra, tanto en zona pirenaica como en la ribera del Ebro, según el testimonio de Iribarren, *Vocabulario y Adiciones*, s. v.

En La Litera, según Coll, *Colección*, s. v., que acentúa la *í*, es 'voz despectiva con la que la clase ínfima de la sociedad

denomina al individuo de clases más elevadas'. Para López Puyoles, *Colección*, s. v., con el mismo esquema acentual, es 'señorito', en Bajo Aragón y Zaragoza. Para Pardo es 'pisa-verdes', 'gomoso', 'petimetre'. Este último significado le atribuye Bayo en una comedia chesa de Domingo Miral. Más recientemente, en Ejea, según Sierra, *Vocabulario*, s. v., se interpreta como 'persona muy cuidadosa en su vestir'.

En los textos de Cajal se puede objetivar con precisión su significado, 'hombre de la ciudad', pues se opone siempre a *matraco* (cf. *supra*). Claro está que, al ser denominación manejada originariamente por la gente rural, ofrece siempre connotaciones negativas, que pueden concretarse en algunas de las definiciones antes copiadas.

Tras las precedentes noticias, ha de considerarse indebidamente restrictiva la información de G. M. Vergara (*Diccionario hispanoamericano de nombres...*, 206 b), según la cual a los del barrio y parroquia de San Gil, en Zaragoza, "les aplican este mote los de los otros barrios".

pimienta (32)

"Los revoltosos de clase hacíamos pimienta", escribe Cajal, sin desvelar el sentido figurado que, obviamente, encierra el final de su frase, ni utilizar la cursiva, prueba todo ello de lo connatural que debía de serle la locución.

Pero se trata de un aragonesismo, que, en efecto, así recogen Borao y Pardo: *hacer pimienta* 'tomarse vacaciones'; según Andolz, 'hacer novillos', que se ajusta mejor (también en cuanto a las connotaciones de *fig.* y *fam.*) al propósito expresivo de Cajal. *Hacer pimienta* 'hacer novillos', con nota de aragonesismo, *fig.* y *fam.* no ha entrado en el *Dicc. Acad.* hasta la edición de 1956¹⁸.

El mismo significado posee *hacer pimienta* en varias localidades navarras, según Iribarren, *Vocabulario*, s. v., que trae en su apoyo "*La vida del Venerable Juan de Jesús San Joaquín*, por Fray Bartolomé de Santa María, libro del siglo XVIII" (no he podido ver este libro ni figura en los repertorios bibliográficos antes citados, s. v. *piculines*). Sin embargo, el texto acotado por Iribarren no contiene *hacer pimienta*, sino *andar*

a *pmienta*, y de él no puede desprenderse que presente el significado expuesto.

sarda (33)

Para sus juegos infantiles, durante la estancia en Ayerbe, gustaban Cajal y sus amigos de "internarse en la vecina *sarda*, bosque secular de encinas, en donde pasábamos largas horas disparando flechazos a los pájaros".

Como microtopónimo del término municipal de Ayerbe, ha registrado Elcock, *Toponimia*, 117, esta misma palabra. Bajo otro aspecto, extraña, en principio, el significado que Cajal le confiere, puesto que en todo Aragón, para la denominación del 'encinar', se emplea *carrascal* (muy excepcionalmente, derivados de *encina* o algún nombre forestal genérico), según el mapa 389 del ALEANR. Existen, pues, fundados motivos para sustentar cierta duda sobre la exactitud del recuerdo de Cajal, aunque tampoco falta algún otro testimonio peninsular (cf. *infra*) a su favor.

Hasta cincuenta y una veces encuentro *Sarda(s)* como topónimo en Huesca, según el *Repertorio* de Arriño³⁸, sin contar derivados tales como *Sardera*, *Sardeta*, *Sardón*, etc. En cuanto apelativo, también está presente en Aragón, con significados tales como 'ramaje bajo en el monte' (Borao, Pardo), 'monte de mata baja' (Pardo), 'tierra ligera', 'matorral' (Sierra), 'extensión inculta de monte bajo' (Frago), etc. *Sarda* entró en el *Dicc. Acad.* en la edición de 1925¹⁵, como aragonesismo, con la definición de 'monte bajo, matorral'; en la edición vigente, la definición se ha reducido a 'matorral'.

Sarda se halla muy difundido también en Navarra. En Sangüesa 'es nombre propio y genérico de planicie con monte bajo'³⁹; en la zona del Ebro, 'monte bajo de arbustos espesos', 'costado lleco de un monte', según Iribarren, *Vocabulario*, s. v.

Las informaciones anteriores constituyen otra dificultad para aceptar el significado de 'bosque secular de encinas', que atribuye Cajal a *sarda*.

Esta palabra y su familia léxica están extendidas por toda

38. L. Arriño Rico, *Repertorio de nombres geográficos*. Huesca, Zaragoza, 1980.

39. *Cuestionario de toponimia*, en *Actas de la primera reunión de toponimia pirenaica*, Zaragoza, 1949, 208.

la mitad norte, al menos, de España.⁴⁰ Me limito a una sola mención, la única que conozco favorable, parcialmente, a la apreciación de Cajal. En Salamanca se atestiguan dos topónimos *Sardón* (también existe la misma palabra como apelativo) y ambos "poseen abundantes montes altos y bajos de encina y roble"⁴¹.

sequillos (50)

Se incluye en la misma enumeración que *coscarana* (cf.), entre esta última palabra y *tortas*, también en cursiva, pero sin ninguna aclaración. Para proceder así, no carecía Cajal de motivo, como ya he indicado en otros casos análogos al presente y enseguida indicaré para él.

Ausente de las obras de Borao, de Pardo y de otras muchas monografías aragonesas consultadas, el ALEANR (lámina 1074) atestigua *sequillo* únicamente en Biel (Zaragoza), Pamplona y Cascante (Navarra), bajo el epigrafe de "nombres de dulces no descritos".

Sequillo ha de considerarse como voz antigua, pues ya figura —sin ninguna autoridad ni localización— en el primer diccionario académico, explicada en estos términos: 'el dulce hecho de masa y azúcar, como rosquillas, bollitos, etc.', definición que se mantiene sin variación relevante en la última edición.

Todos los anteriores datos llevan a suponer que no se trata de una palabra propia de Aragón, es decir, que no puede ser considerada como aragonesismo. De hecho, según las informaciones que tengo, parece disfrutar de mayor vitalidad en Navarra. A los dos puntos de esta región citados por el ALEANR cabe añadir, al menos, otros dos, mencionados por Iribarren, *Vocabulario*, s. v. En Corella, 'cierta pasta casera que no es aceitosa ni mantecosa'; en Ablitas, 'especie de merengue tostado al horno'. La primera de estas dos descripciones propor-

40. Sobre sus oscuros orígenes, difusión, etc., cf. J. Hubschmid, *Vulgärlateinisches Dorngestrüpp und baskisch-altwesteuropäische Etymologien*, Orbis, 1955, 4, 214-229, especialmente 215-217 y 229; J. Coromines, "*Sasa*", "*sarda*", "*seix*", voces topográficas de substrato, PSA, 1959, 13, 291-310, artículo recogido en el libro de su autor, *Estudis de toponímia catalana*, Barcelona, 1970, II, 175-193.

41. A. Llorente, *Esquema toponímico de la provincia de Salamanca: topónimos prerromanos*, en *Sirenae...*, Salamanca, 1962, 309-332, especialmente, 317.

ciona la explicación del nombre atribuido a este tipo de dulce, al menos en su realidad originaria. Apenas habrá de decirse que esa transparencia semántica ha podido opacarse, con facilidad, posteriormente y en otros lugares.

A mi entender, *sequillo* ha de considerarse como un arcaísmo del que podrán encontrarse manifestaciones de supervivencia en muy diversos ámbitos peninsulares. A esa conclusión he llegado tras una búsqueda selectiva en varias monografías léxicas regionales, que lo deparan en Andalucía, 'dulce de miel y almendra molida', según Alcalá, *Vocabulario*, s. v.; en Palencia, 'mantecada (dulce)', según García Bermejo, *Contribución*, s. v., etc.

BIBLIOGRAFIA CITADA ABREVIADAMENTE

- ALEANR = *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y la Rioja*, redactado por M. Alvar, con la colaboración de A. Llorente, T. Buesa y E. Alvar. Zaragoza, 1979.
- Alcalá Venceslada, A., *Vocabulario andaluz*. Madrid, 1951.
- Alcover, A. M., y F. B. Moll, *Diccionari català-valencià-balear*. Palma de Mallorca, 1968-69.
- Alvar, M., *El dialecto aragonés*. Madrid, 1953.
— *Repertorio ansotano. Encuestas de 1950*. AFA, 1958, 10, 367-376.
- Andolz, R., *Diccionario aragonés*. Zaragoza, 1977.
- Badía Margarit, A., *El habla del Valle de Bielsa*. Barcelona, 1950.
- Ballarín Cornel, A., *Vocabulario de Benasque*. Zaragoza, 1971.
- Bayo Bueno, M. L., *La comedia chesa "Qui bien fa nunca lo pierde", de Domingo Miral. Estudio lingüístico*. Zaragoza, 1978.
- Borao, J., *Diccionario de voces aragonesas*. Zaragoza, 1908².
- Buesa Oliver, T., *Terminología del olivo y del aceite en el altoaragonés de Ayerbe*, en "Miscelánea... A. Griera". Barcelona, 1955, I, 57-109.
— *Soluciones antihiáticas en el altoaragonés de Ayerbe*. AFA, 1958, 10, 23-55.
— *Sufijación afectiva en ayerbense*, en "Actas del III Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos". Zaragoza, 1963, VI, 9-32.
- Carpi Zaidín, J., y J. Carpi Cases, *El dialecto de Tamarite de Litera*. Tamarite, 1981.
- Coll Altabás, B., *Colección de voces usadas en La Litera*, apud Borao, *Diccionario*, I-LVI.
- Covarrubias, S., *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, 1611.
Dicc. Acad. = R. Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana [o española]*.
- Dicc. Aut.* = R. Academia Española [*Diccionario de Autoridades*]. Madrid, 1726-39.
- Elcock, W.-D., *Toponimia menor en el Alto Aragón*, en "Actas de la primera reunión de toponimia pirenaica". Zaragoza, 1949, 77-118.
- Frago Gracia, J. A., *Toponimia del Campo de Borja*. Zaragoza, 1981.
- García Bermejo, S., *Contribución al vocabulario de Tierra de Campos*. RDTP, 1946, 2, 474-88.
- Haensch, G., *Las hablas de la Alta Ribagorza (Pirineo aragonés)*. Zaragoza, 1960.

- Harrison, A. H., *Quelques mots aragonais*. RH, 1917, 39, 608-10.
- Iribarren, J. M., *Vocabulario navarro*. Pamplona, 1952.
— *Adiciones al vocabulario navarro*. Pamplona, 1958.
- López Puyoles, L. V., y J. Valenzuela La Rosa, *Colección de voces de uso en Aragón*, apud Borao, *Diccionario*, LVII-LXXX.
- Maestro Gracia, M. A., *Aspectos del habla popular aragonesa en Gregorio García-Arista*. Zaragoza, 1980.
- Méndez Coarasa, V., *Añada'n la Val d'Echo*. Intr., antol. y vocab. de T. Buesa Oliver. Zaragoza, 1979.
- Monge, F., *Notas para la historiografía del habla de Aragón*. BRAE, 1951, 31, 93-120.
- Pardo Asso, J., *Nuevo diccionario etimológico aragonés*. Zaragoza, 1938.
- Serra, O., *Vocabulario de Ejea de los Caballeros*. Ejea, 1974 (ed. mult copiada).
- Tesoro lexicográfico (1492-1726)*, por S. Gili Gaya. Madrid, 1960.